



Luke

Rhinehart El hombre de los dados

Prólogo de Emmanuel Carrère



DESTINO

El hombre de los dados

Luke
Rhinehart

Prólogo de
Emmanuel Carrère

Traducción de
Manuel Manzano

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1689

Título original: *The Diceman*

© George Cockcroft, 1971

© por la traducción del inglés, Manuel Manzano, 2003

© del prólogo, P.O.L. éditeur, Paris, 2016

© por la traducción del prólogo, Jaime Zulaika, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2003, 2025

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2025

ISBN: 978-84-233-6721-4

Depósito legal: B. 2.140-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



I

Soy un hombre alto, con manos de carnicero, muslos como robles, cabeza de grandes mandíbulas y gafas de culo de vaso. Mido un metro noventa y tres centímetros y peso ciento cuatro kilos. Me parezco a Clark Kent, excepto por el hecho de que cuando me quito el traje apenas soy un poco más rápido que mi mujer, solo soy un poco más fuerte que los hombres que tienen la mitad de mi tamaño y porque, dé los saltos que dé, ni de lejos salto edificios.

Como atleta soy excepcionalmente mediocre en todos los deportes importantes y en varios que no lo son. Juego de manera arriesgada y funesta al póquer y, en la bolsa, soy algo así como prudente y competente. Me casé con una mujer bella que había sido animadora y también vocalista de un grupo de rock y tengo dos hijos encantadores, no-neuróticos y del todo anormales. Soy profundamente religioso, soy el autor de *Desnudo ante el mundo*, una novela pornográfica adorable y de primera clase y no soy, ni nunca lo he sido, judío.

Imagino que es tu trabajo como lector tratar de crear algo mínimamente consistente de todo esto, pero mucho me temo que tengo que añadir que suelo ser ateo, he regalado miles de dólares al azar, he sido revolucionario ocasional contra el gobierno de Estados Unidos, la ciudad de Nueva York, el Bronx y Scarsdale y aún soy miembro de carné del Partido Republicano. Soy el fundador, como ya sabe la mayoría, de esos viles centros del dado donde a través de experimentos se estudia el comportamiento humano, unos centros que han sido descritos por el *Journal of Abnormal*

Psychology como «cruels», «inmorales» e «informativos»; por el *New York Times* como «increíblemente desencaminados y corruptos»; por la revista *Time* como «cloacas», y por la *Evergreen Review* como «brillantes y divertidos». He sido marido devoto, adúltero múltiple, homosexual experimental, psicoanalista competente y muy alabado y, a su vez, el único expulsado de la Asociación de Psiquiatras de Nueva York (APNY) y de la Asociación Médica Americana (por «actividades consideradas enfermizas» y «probable incompetencia»). Soy admirado y aplaudido por miles de personas dado a lo largo y ancho de todo el país y, por otro lado, he sido un par de veces paciente de una institución mental, he estado una vez en prisión y actualmente soy un fugitivo, condición que espero que continúe, si es la voluntad del dado, por lo menos hasta que haya terminado con las 573 páginas de mi autobiografía.

Mi profesión principal ha sido la psiquiatría. Mi pasión, tanto como psiquiatra como hombre de los dados, ha sido cambiar la personalidad humana. La mía. La de los otros. La de todo el mundo. Dar al ser humano un aire de libertad, de júbilo, de regocijo. Devolver a la vida el mismo instante de experiencia que nos invade cuando sentimos por vez primera la tierra bajo nuestros pies desnudos y vemos rayos de sol a través de los árboles de las montañas, como una iluminación horizontal; cuando una jovencita eleva por primera vez sus labios para ser besada; cuando, de repente, una idea madura brota en nuestra cabeza, reorganizando en un instante la experiencia de toda nuestra vida.

La vida se compone de pequeñas islas de éxtasis en un océano de tedio y, después de los treinta años, rara vez se avista tierra. Como mucho, erramos de un banco de arena muy deteriorado a otro y este nos resulta pronto familiar en cada uno de los granos de arena que vemos.

Cuando les mencioné el «problema» a mis colegas, me aseguraron que la drástica huida de la felicidad era tan natural para un hombre normal como la pérdida de firmeza de su físico y que se debía principalmente a las mismas causas

que otros cambios fisiológicos. La intención de la psicología, me recordaron, era reducir el sufrimiento, aumentar la producción, relacionar al individuo con la sociedad y ayudarlo a verse y aceptarse a sí mismo. No alterar en la medida de lo posible sus hábitos, valores e intereses sino verlos como son en realidad e intentar aceptarlos.

Siempre me había parecido que esa era una meta obvia y adecuada para la terapia, pero, tras haber sido analizado «con éxito» y después de haber vivido con moderada felicidad y con moderado éxito con una mujer moderada y una familia moderada durante siete años, de pronto, un buen día descubrí, a punto de cumplir treinta y dos años, que quería matarme. Y matar de paso a unos cuantos más.

Di largos paseos por el puente de Queensborough y medité melancólicamente sobre las aguas. Volví a leer a Camus definiendo el suicidio como opción lógica en un mundo irracional. En los andenes del metro me colocaba siempre a pocos centímetros de las vías y me balanceaba. Los lunes por la mañana miraba la botella de estricnina de mi botiquín. Soñaba despierto durante horas con holocaustos nucleares chamuscando las calles de Manhattan, con apisonadoras aplastando a mi mujer por accidente, con taxis empujando a mi rival, el doctor Ecstein, al East River, con nuestra canguro adolescente gritando de angustia mientras yo me abría paso hasta su tierra virgen.

Ahora bien, las ansias de suicidarse y asesinar, envenenar, destruir o violar a otras personas suelen ser consideradas por la psiquiatría «poco sanas». Malas. Diabólicas. Más concretamente, pecado. Cuando tengas las ansias de quitarte de en medio, se supone que deberías ser capaz de darte cuenta y de «aceptarlo», pero, por amor de Dios, nada de suicidarse. Si deseas tener conocimiento carnal de una indefensa quinceañera, se supone que debes aceptar tu lujuria y no poner siquiera uno de tus dedos sobre su dedo gordo. Si odias a tu padre, perfecto, está bien, pero no le des con un bate de béisbol. Entiéndete, acéptate, pero no seas tú mismo.

Se trata de una doctrina conservadora destinada a ayudar al paciente a sortear la violencia, los actos pasionales e inusitados y permitirle llevar una respetable y larga vida de moderada miseria. De hecho, es una doctrina cuyo objetivo es que cada uno viva como un psicoterapeuta. Solo pensarlo me produce náuseas.

Estas triviales revelaciones empezaron a cobrar forma en mi interior las semanas que siguieron a mi primera e inexplicada inmersión en la depresión, una depresión aparentemente causada por un largo bloqueo con mi «libro», pero que partía, en realidad, de un estreñimiento general del alma, el cual ya iba en aumento desde hace tiempo. Recordando estar sentado por la mañana en mi gran mesa de roble después del desayuno y antes de mi primera cita, revisando mis logros pasados y mis esperanzas futuras con un sentimiento de desprecio. Me quitaba las gafas y, reaccionando a mis pensamientos y al caos surrealista que es el mundo sin mis gafas, declamaba con teatralidad «¡estoy ciego, estoy ciego! ¡Estoy ciego!» y pegaba un dramático puñetazo sobre la mesa.

Toda mi vida había sido siempre buen estudiante, coleccionaba distinciones académicas como mi hijo Larry colecciona esos cromos de béisbol que vienen en los paquetes de chicles. Cuando aún estaba en la Facultad de Medicina publiqué mi primer artículo sobre terapia, una nadería bien recibida titulada «La fisiología de la tensión neurótica». Mientras estaba sentado en mi mesa, todos los artículos que había publicado me parecían tan buenos como los de los demás: blablablá. Mis triunfos con mis pacientes también me parecieron semejantes a los de mis colegas: insignificantes. Lo máximo a lo que yo había llegado a aspirar era a liberar a algún paciente de su angustia: llevarlo desde una vida de estancamiento atormentado a una vida de estancamiento indulgente. Si mis pacientes poseían creatividad o imaginación o energía sin aprovechar, mis métodos de análisis no habían conseguido sacarlos a la luz. El psicoanálisis me parecía un tranquilizante caro, lento y poco fiable. Si el LSD hubiera

conseguido lo que Alpert y Leary afirmaban, los psiquiatras del mundo entero se habrían quedado sin trabajo de la noche a la mañana. La idea me gustaba.

En medio de mi cinismo, a veces soñaba despierto con mi futuro. ¿Mi sueño? Superar todo lo que había hecho en el pasado: escribir artículos y libros de éxito; criar a mis hijos de manera que supieran evitar los errores que yo había cometido; encontrar una mujer en technicolor para ser su compañero del alma durante el resto de mi vida. Sin embargo, solo con imaginar que esos sueños alguna vez pudieran hacerse realidad me invadía la desesperación.

Me encontraba en un callejón sin salida. Por un lado, me aburría, insatisfecho conmigo mismo y con mi vida tal como había transcurrido la pasada década y, por otro, no parecía mejor hacer cambio alguno. Ya era demasiado mayorcito para creer que tumbarme a la bartola en las playas de Tahití, llegar a estrella de la televisión, estar a partir un piñón con Erich Fromm, Teddy Kennedy o Bob Dylan o distraerme en la misma cama con Sophia Loren y Raquel Welch a la vez durante todo un mes o más, cambiaría nada. No importaba cómo me retorciese o me moviese, el caso es que me daba la impresión de tener un ancla en el pecho que tiraba de mí con fuerza, la larga cuerda asomándose contra la pendiente del mar tensa y delgada, como si estuviese fijada en la roca del inmenso núcleo de la tierra. Eso me tenía atrapado y, cuando una tempestad de indiferencia y amargura empezó a soplar, caí y luché contra el áspero y apretado nudo de la cuerda para liberarme, para volar por delante de la tormenta, pero el nudo era cada vez más fuerte, el ancla se hundía en mi pecho cada vez más y allí me quedé. El peso de mí mismo parecía ser inevitable y eterno.

Mis colegas, incluso yo mismo, susurrando con timidez desde nuestros divanes, estábamos de acuerdo en que mi problema era del todo normal: odiaba al mundo y a mí mismo porque había fallado al tratar de afrontar y aceptar mis propias limitaciones y las de la vida. En literatura, este rechazo se llama romanticismo; en psicología, neurosis. La conse-

cuencia de todo esto es que el único e inevitable camino parece ser una vida limitada y aburrida. Empezaba a aceptarlo, después de varios meses de recrearme en la depresión (me había procurado furtivamente un revólver del calibre 38 y nueve balas), cuando llegué a las costas del zen.

Durante quince años había llevado una vida bastante organizada y ambiciosa; cualquiera que elija la Facultad de Medicina y la de Psiquiatría tiene que tener una bella y sana neurosis quemándole por dentro para mantener el motor en marcha. Mi propio análisis, realizado por el doctor Timothy Mann, me había hecho comprender por qué mi motor seguía en marcha pero funcionaba con mayor lentitud. Ahora iba siempre a sesenta millas por hora en lugar de ir todo el tiempo variando errático entre quince y noventa y cinco. Pero si algo impedía mi rápido avance por la autopista, me sulfuraba como un taxista esperando a que termine de pasar un desfile. Cuando Karen Horny me descubrió a D. T. Suzuki, Alan Watts y el zen, el mundo de la lucha y la competencia incesante que yo había asumido como normal y sano para un hombre joven y ambicioso me pareció de pronto un mundo de ratas.

Me quedé atónito y me convertí al zen como solo puede hacerlo quien está de vuelta de todo. Viendo las planificadas, ambiciosas e intelectuales pretensiones de mis colegas como algo baladí y estúpido, estaba listo para hacer una generalización inusual: yo tenía también los mismos síntomas de perseguir ilusiones. El secreto, creí aprender, era no preocuparse y aceptar las limitaciones, contradicciones y ambigüedades de la vida con alegría y deleite, dejándose llevar por la fuerza de la corriente. Entonces, ¿la vida no tiene sentido? Y a quién le importa. ¿Mis ambiciones son fútiles? Persíguelas de todos modos. ¿La vida parece aburrida? Bosteza.

Seguí el impulso. Me dejé llevar. No me preocupé.

Por desgracia, la vida me pareció entonces aún más aburrida. Hay que reconocer que yo estaba risueño, incluso aburridamente alegre, cuando antes había estado deprimi-

damente aburrido, pero la vida discurría para mí, en esencia, sin interés. Mi estado de aburrimiento feliz era en teoría preferible a mis ansias de violar y matar, pero, en mi opinión, no mucho más preferible. Fue entonces, en algún momento de mi sórdido camino hacia la verdad, cuando descubrí al hombre de los dados.